



Mateo, el Evangelista del Ciclo A

En este evangelio se actualiza para los cristianos lo que Jesús dijo para sus contemporáneos y se insiste en la repercusión práctica de las sentencias de Jesús, hasta el punto de que las críticas dirigidas a escribas y fariseos podrían convenir, si fuera necesario, a los cristianos de la Iglesia viva.

Al iniciar la lectura continuada de un evangelio en la celebración dominical, vale la pena que tengamos en cuenta sus rasgos más importantes, así como sus peculiaridades más destacadas. Este es el servicio que se proponen hacer estas líneas, teniendo siempre delante los textos de Mateo que se leerán este ciclo litúrgico, especialmente en los domingos del tiempo ordinario. (Antes de cuaresma y después de pentecostés)

Un evangelio para una Iglesia.

Los estudiosos de la Sagrada Escritura coinciden en señalar que Mateo es el evangelio que tiene una referencia mayor a la vida de la Comunidad Cristiana en el interior de la cual fue elaborado. Por tanto, leyendo el primer evangelio no nos hallamos tanto ante la voz de un autor personal como ante la voz -de una comunidad con la que Mateo se identifica. Esta comunidad nos aparece en actitud de discípula siempre atenta a mirar a Jesús como Maestro y Señor.

Eso hace que las palabras y las acciones de Jesús sean presentadas no simplemente como objetos de una historia pasada, sino que se trata de saber ver la presencia de Cristo vivo en la vida diaria de los que lo siguen («dos o tres se reúnen en mi nombre...» Domingo 23 T.O.). Más aún, el mismo Jesús se identifica con su comunidad («Quien los recibe a ustedes me recibe a mí» Domingo 13)

Pero esta comunidad tiene sus problemas, tensiones y dudas. Por eso Mateo se esfuerza para decir a sus hermanos cristianos cómo lo deben hacer para ser discípulos de Cristo en un ambiente en el que crece

la oposición y el conflicto con la «sinagoga» y ante la perspectiva de la conversión de los paganos y su entrada en la Iglesia al lado de los de origen judío. Así entendemos -explica León Dufour- cómo en este evangelio se actualiza para los cristianos lo que Jesús dijo para sus contemporáneos. Se insiste en la repercusión práctica de las sentencias de Jesús hasta el punto de que las críticas dirigidas a los escribas y fariseos podrían convenir, si fuera necesario, a los cristianos de la Iglesia viva.

Jesús. el Mesías Hijo de Dios.

La intención fundamental del evangelio es demostrar que Jesús es el Mesías, preanunciado en los evangelios de la infancia, declarado solemnemente Hijo de Dios en la cristofanía del Jordán (D. del Bautismo del Señor), reconocido como tal por Pedro (D. 21) Y por los otros discípulos («Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios» D. 19) Mesías que su pueblo debería haber acogido pero que va mostrando una distancia y un rechazo crecientes hacia Jesús (en la Epifanía ya se entrevé todo este drama) y que culmina con las palabras que leeremos el D. 27: «les será quitado y se le dará a un pueblo que produzca frutos».

Los milagros o manifestaciones de poder de Jesús tienen como motivo principal presentémoslo claramente como Mesías. Por eso aquellos rasgos humanos que Marcos guardó con tanta espontaneidad son suavizados y podríamos decir que nos hallamos ante una presentación más hierática de Jesús que deja transparentar su medianidad y que nos viene a decir que sólo una incredulidad voluntaria es capaz de esconder. En

la presentación que de Jesús hace el primer evangelio ese proyecta la fe de la Iglesia apostólica.

Mateo, pedagogo.

El Cristo de Mateo es un Cristo que enseña. Eso no quiere decir que adopté una forma discursiva clásica o moderna, sino que lo hace a través de una sucesión de repeticiones y profundizaciones de su doctrina. El evangelista nos presenta a menudo la enseñanza de Jesús en contraste con la de los escribas y fariseos, como una manera de decir que es el Mesías: Jesús es el nuevo Moisés o nuevo Israel que viene a dar todo su cumplimiento y toda su perfección a la Ley antigua, que trae la nueva y definitiva revelación de parte de Dios.

Como buen pedagogo, el autor del primer evangelio ha sabido organizar las palabras de Jesús. Nos la presenta en forma condensada, a fin de que causen impacto y mantengan su fuerza. Las hallamos agrupadas en lo que los exegetas coinciden en llamar los cinco grandes discursos, y que constituyen una parte muy importante de las lecturas dominicales del ciclo A. Veámoslo

- a. Instrucciones sobre la justicia del Reino o sermón de la montaña, en los caps. 5-7, que leeremos los D. 4 a 7 (debido al inicio de la Cuaresma este año 96, dejaremos sin leer las perícopas correspondientes a los D.8 Y 9).
- b. Instrucciones a los mensajeros del Reino, o discurso de la misión, en el cap. 10, que hallaremos los D. 11 a 13.
- c. Instrucción sobre el misterio del Reino, o sermón de las parábolas, en el cap. 13, proclamado en las misas de los D. 15 a 17.
- d. Instrucción sobre los hijos del Reino, o discurso comunitario, en el cap. 18 (D. 23 Y 24)
- e. Instrucción sobre el paso del Reino actual al Reino del final de los tiempos, o sermón escatológico, caps. 24 y 25, previsto para los tres últimos domingos del año litúrgico.

El Evangelio del Reino.

El tema del Reino tiene en Mateo un peso específico muy fuerte. Lo hallamos nada más iniciar la lectura continua de este evangelio («Conviértanse, porque ya está cerca el Reino de los cielos»: D. 3) y nos acompaña hasta el último domingo («Tomen posesión del Reino»: Cristo Rey). Se trata del Reino mesiánico que se establece en tres momentos: se inaugura con la

venida de Jesucristo; se irá desarrollando en la tierra después de la muerte-resurrección de Jesús, y, finalmente, llegará su plenitud al final de los tiempos.

Mateo nos deja entrever que el Reino se inaugura con Jesús, por ejemplo, por medio de las numerosas referencias al Antiguo Testamento «para que se cumpliera...» es una frase muy familiar en el primer evangelio, e indica que las promesas y esperanzas despertadas en el pueblo de Dios se han ido desarrollando hasta alcanzar su plenitud: en Jesús se cumplen toda la Ley y los Profetas, él es el verdadero Israel alrededor del cual se van reuniendo los hijos del Reino (Cfr. el discurso de las parábolas), que tienen como Ley el sermón de la montaña.

Es importante para Mateo y su Iglesia demostrar que Jesús, el Mesías, es superior a Moisés y que la Ley que ahora es promulgada lleva la antigua a la perfección. Porque en Jesús Dios se ha acercado definitivamente a los hombres. Por eso la «justicia» del Reino no se obtiene como resultado del esfuerzo puramente humano (actitud criticada en los escribas y fariseos), sino que es fruto del don de Dios.

Mateo nos muestra cómo entendía Jesús que los primeros del Reino tenían que ser los miembros del pueblo judío, en actitud de apertura a todo el mundo. Pero no todos entienden los «secretos» o «misterios» del Reino ni se quieren someter a la voluntad soberana del Padre, que quiere salvar gratuitamente a todos los hombres. Por eso veremos cómo -a partir del cap. 14 especialmente- va aumentando la distancia entre Jesús y los dirigentes religiosos judíos. El drama de Israel que rechaza a Jesús y al Reino lo veremos con toda su crudeza los D. 25 a 31 (censura de los doctores de la Ley que dicen y no hacen, parábolas de los trabajadores de la viña, de los dos hijos, de los viñadores homicidas, de la boda del hijo del rey, etc.)

Pero si los primeros llamados son excluidos del Reino, va naciendo un pueblo, el pueblo mesiánico o comunidad de los discípulos de Jesús, formado por el resto fiel de Israel que ha aceptado al Mesías y por los que provienen del paganismo. Todos ellos han encontrado en Jesús y su Reino la «perla» o el «tesoro» que ha dado un vuelco total a sus vidas.